

POR PABLO TOLEDO

Lingua franca global



04-08-10 /

"Ramon writes" es el título de una columna que Basil Thompson escribió para el Buenos Aires Herald entre 1949 y 1977. Ramon (sin acento, se pronuncia "réimon"), un chanta más porteño que el Obelisco, le escribía al "Esteemed Mr. B.T." acerca de sus mil matufias en un inglés a mitad de camino entre el lunfardo y el desastre con perlas, como "I don't give any more" y "never more I want to see you". Lo que Ramon no sabía es que haría escuela. No sólo Nik tomó prestada su idea para el "Gaturro English", sino que sus discípulos se multiplican. Moria Casán predica que hay que ser "open mind" (se debería decir "open-minded"), y Susana Giménez atropella la lengua de Shakespeare más duro que un Mercedes-Benz sin papeles. Ricardo Fort quiere dar millonario y suena a balseo recién llegado. Los escasos periodistas capaces de entrevistar en inglés suelen parecerse más a Tarzán que al Doctor Livingstone. Las parrillas "for export" inventan cortes de carne y traducciones inverosímiles de comidas regionales, lo que es previsible, pero para hacerla completa equivocan hasta el "pan con manteca". Publicidades con pretensiones de ABC1 tienen errores dignos de un cartel de verdulería en el barrio menos favorecido de Londres. La mitad de la ropa con inscripciones en inglés, la de La Salada y la de Patio Bullrich también, parece escrita por repetidores de primer grado. De pronunciación, en el país en el que "Tom Cruise" rima con "estáis", mejor ni hablar, y tampoco de las visitas guiadas en inglés, la folletería para turistas o las traducciones de la inmensa mayoría del material sobre la Argentina (tanto el privado como el oficial).

¿De quién es la culpa? Un dedo apunta, como siempre, a los maestros, pero ellos no (siempre) son responsables. Quienes diseñan las políticas educativas y hacen anuncios rimbombantes sin ver si hay agua en la pileta les ganan. La Provincia de San Luis declaró obligatoria la enseñanza de inglés en la escuela primaria cuando no había aún, en toda la provincia, un profesorado del que se pudieran graduar los que fueran a cubrir esas clases. En gran parte del país, incluidas la Ciudad y la Provincia de Buenos Aires, la mayoría de los cargos es cubierta no por profesores graduados, sino por "idóneos", personas sin capacitación específica (y a veces con un dominio dudoso del idioma) que toman los cursos para los que no hay profesionales disponibles o dispuestos.

Pero tan mal no estamos. De hecho, la Argentina tiene docentes del más alto nivel con merecida reputación académica internacional, programas públicos bien encaminados, una industria de la enseñanza muy desarrollada y un nivel de resultados comparativamente alto. Comparado con qué, that is the question.

David Graddol desarrolló para el British Council los informes "The Future of English?" e "English Next" (ambos disponibles en Internet), en una línea de investigación que abre con un dato y deriva una premisa contundente: en el mundo hay más hablantes de inglés como segunda lengua o lengua extranjera que hablantes nativos; entonces, ¿en qué grado van a seguir mirando los primeros al hablante nativo como modelo de referencia? David Crystal, quizás el más célebre de los lingüistas británicos contemporáneos, sostiene que las variantes del idioma se dividen tanto que se vuelven mutuamente incomprensibles, por lo que se hace necesario un "inglés internacional" en el que

un jamaquino se entienda con un canadiense y éstos con un empresario chino, que en definitiva es usuario del idioma, como ellos. Dijo un editor a un escritor argentino: "El problema con tus libros en España es que no encuentro quién los traduzca".

Cuando un japonés y un alemán deciden quién pasa primero al baño de un aeropuerto en Sudáfrica, usan el inglés como lingua franca. La "lingua franca" era originalmente una mezcla de lenguas mediterráneas, el dialecto del comercio y la diplomacia en el Renacimiento. Los intelectuales y religiosos, mientras tanto, se comunicaban en perfecto latín. Para sobrevivir alcanza un puñado de palabras y la necesidad de hacerse entender; para los que necesitaban dar una mejor impresión estaban las clases de latín avanzado.

El inglés es un idioma gramaticalmente simple (apto para hablar mal o a medias e igual comunicarse), y tiene la penetración política, cultural y económica necesaria (como el francés en la Europa del siglo XIX, y lo que siempre le faltó al esperanto para imponerse). Es la herramienta perfecta. Entonces, los anglofóbicos y los angloperfeccionistas tienen todas las de perder: el idioma del mundo seguirá siendo, al menos por un buen rato, el inglés mal hablado.

Toledo es escritor, profesor de inglés y editor del diario Buenos Aires Herald.

Url: <http://www.elargentino.com/Content.aspx?Id=101317>

IMPRIMIR

ElArgentino.com - © Copyright 2008. Todos los derechos reservados.